

unidad política, para que todas reciban sin queja y como un beneficio común las libertades que sean comunes á todos.

II

La política de Felipe V en lo exterior, durante la guerra de sucesion, fué sencilla y una; despues hubo de variar segun las diversas fases y vicisitudes que presentaban las guerras, los tratados, las relaciones de las potencias europeas entre sí durante su largo reinado; y varió tambien segun las influencias de que se dejó dominar dentro de su propia cámara.

A nadie pudo sorprender la guerra de sucesion desde que se supo la aceptacion del testamento de Carlos II por Luis XIV. Ni este monarca podia enganar por mucho tiempo á las naciones que logró atraer en un principio, ni obró con el tacto y la cordura que eran de esperar de su grande experiencia para conservarlas ó adictas ó neutrales, y no tornarlas en enemigas y contrarias. ¡Cosa digna de reparo! En la lucha gigantesca de la sucesion española el anciano monarca francés, veterano en armas, práctico en las guerras, versado en las artes diplomáticas, cometió muchas imprudencias, que le acarrearón gravísimos compromisos, y se condujo en ocasiones como un jóven arrebatado, ó como un mancebo inexperto. El jóven monarca español, corto en años, no educado en campamentos, y nuevo en el arte de gobernar, condújose desde el principio hasta el fin de la guerra con la sensatez de un varon experto, con el valor de un hombre avezado á lides, y con el juicio de un príncipe maduro: no cometió ligerezas, y mas de una vez el nieto, tratado como un educando, dió lecciones de dignidad y de tesón al abuelo, su mentor y pedagogo.

El monarca francés con sus cartas patentes solivió todas las potencias; con la invasion en los Países Bajos alarmó y se enajenó la Holanda; con la proteccion al caballero de San Jorge, que así llamaban al hijo de Jacobo II, irritó á Inglaterra, y sublevó contra Francia la nacionalidad del pueblo inglés; prestándose á los planes de los duques de Borgoña, de la Maintenon y de Chamillard, fué causa de la pérdida de Flandes, de los desastres de Nápoles, y faltó poco para que se perdiera España; y cuando aquellos errores le obligaron á entablar negociaciones de paz, se sometia á condiciones humillantes y vergonzosas, que se hubieran realizado á no rechazarlas Felipe de España con indignacion y entereza, volviendo por la honra de su reino, de la nacion francesa y del nombre de Borbon. Felipe, sin ninguna de aquellas imprudencias ó de aquellas debilidades, hizo siempre un papel noble; como político, no cuidó de penetrar en las combinaciones secretas de los gabinetes; limitóse é hizo bien, á defender su reino, y es menester convenir en que lo hizo con un valor heroico. Esforzado en los combates casi hasta la temeridad, modesto en el triunfo, resignado y magnánimo en los reveses, era entonces, dice un escritor ni español ni francés, un príncipe casi perfecto.

De indolente le acusan los mismos que le apellidan el Animoso. Distingan por lo menos de tiempos. Guarden el primer dictado para aplicársele en ocasiones despues de la guerra de sucesion. Mas no le nieguen el segundo durante aquella lucha. ¡Pudo dar mas pruebas de animoso que salir por siete veces de propia voluntad á pelear á la cabeza de su ejército, en Milan, en Portugal, en Castilla, en Extremadura, en Aragon y en Cataluña; que responder, cuando le preguntaban qué puesto debia ocupar el rey en las batallas: *El primero como en todas partes*; y que subir por la montaña de Monjuich, erizada de cañones enemigos, diciendo: *Donde suben los soldados á hacer el servicio, bien puede subir el rey*?

Menester es confesar tambien que si Felipe V desplegó en la guerra toda la energia de un jóven, á quien le iba en el triunfo la conservacion de un gran reino, Luis XIV mostró una actividad y un vigor que fueron para maravillar en sus muchos años. Aquel monarca, que habia revelado á la Francia el secreto de su fuerza, que le habia enseñado que podia pelear sola contra toda la Europa confederada, que habia sabido poner sobre las armas ochocientos mil soldados, y hacer cruzar por los mares ciento noventa y ocho navios franceses de setenta cañones, todavia en sus últimos años, cuando la Providencia habia enviado sobre la Francia la penuria mas espan-

tosa y horrible, en el calamitoso invierno de 1709, encontró cinco grandes ejércitos que enviar á Flandes, á Alemania, al Delfinado, al Rosellon y á Cataluña, y cinco generales que hicieran el prodigio de sostener el honor de las armas francesas, sin dinero, sin pagas, sin almacenes, sin vestido, sin pan, sin cebada, sin avena, sin forraje, sin mantenimiento para soldados y caballos, al frente de cinco mas numerosos ejércitos enemigos, de todo abastecidos con abundancia y holgura. Verdad es que desde dos tronos, casi á un tiempo, la ancianidad y la juventud enseñaban á los pueblos á hacer sacrificios con ejemplos personales de real desprendimiento. El viejo y ostentoso rey de Francia enviaba su vajilla á la casa de la moneda, y la jóven y modesta reina de España María Luisa de Saboya ofreció en caso semejante sus joyas y dinero á los españoles para levantar y mantener soldados y hacer frente al enemigo.

Pero tambien es verdad que jamás pueblo alguno correspondió á un real ejemplo con mas largueza, ni respondió al llamamiento de sus soberanos con mas generosidad que respondieron Francia y España á la voz de sus reyes en la guerra de los trece años. Al fin la Francia, aunque accidentalmente pobre, tenia restos que sacrificar de su reciente grandeza: España, pobre de mas de un siglo, tenia que crear los recursos de que habia de hacer sacrificio. Al fin la Francia era una gran familia que obedecia entera y compacta á un padre anciano y severo á quien habia hecho hábito de respetar: la España era una familia desacorde, de la cual una parte habia buscado un soberano mas de su gusto; la otra solamente seguia por amor la voz de un monarca jóven, venido de fuera y á quien acababan de conocer. Al fin la Francia se ofrecia en holocausto á un monarca que le habia dado medio siglo de glorias; la España se ofrecia en sacrificio á un príncipe en quien no registraba antecedentes, y en quien solo columbraba esperanzas. Por eso no hay palabras que basten á ensalzar los heroicos y espontáneos esfuerzos con que los pueblos de la corona de Castilla, saliendo como milagrosamente de su abatimiento, y sacudiendo el marasmo en que yacian, todas las clases á competencia ofrecieron sus haberes, buscaron recursos, improvisaron ejércitos, vistieron hombres, dieron caballos, aprontaron armas, construyeron naves, lucharon con ardor contra toda la Europa coligada, contra ejércitos extranjeros y nacionales apoderados ya de su suelo, siempre leales, siempre vigorosos, constantes siempre, fatigados nunca y nunca desalentados, hasta dejar firmemente asegurado el cetro español en las manos de Felipe V y sus sucesores. Felipe V fué el primero, pero no el único Borbon por quien han vertido abundantemente su sangre los españoles y dado al mundo testimonios de amor y de heroismo. Nunca los Borbones corresponden con exceso á tanto heroismo y á tanto amor.

Felipe V, dicho sea con verdad y en merecida loa suya, no les fué ingrato. Pudiendo escoger entre las coronas de Francia y España, optó sin vacilar por la española; juró morir entre sus españoles, y lo cumplió; Luis XIV dijo al despedirle: *Ya no hay Pirineos*; y él dijo á poco de venir: *Habrán Pirineos*, y los hubo. Felipe se hizo español; no necesitó mas para hacerse grato á los españoles. ¡Extrañáremos que siendo francés, y necesitando del soberano y de la nacion francesa hasta para poder ser español, respetara y mantuviera por algun tiempo las influencias francesas, en los consejos, en el gabinete y en los campamentos? ¡Debe maravillarnos que aun en el retiro le tentaran y asaltaran reminiscencias de su patria, á las cuales sin embargo resistió, no obstante los halagos con que le brindaban? Felipe V solo obró como francés en la alteracion de la ley de sucesion á la corona de España; antojo tan injustificable como incomprensible en quien debia el trono español á la ley antigua.

Era muy diferente la situacion de Francia y la de España en este tiempo, como lo era la de sus soberanos. Francia con su anciano monarca vivia del impulso de los tiempos anteriores; España con su jóven soberano renacia de sus ruinas pasadas. Luis XIV era un gran planeta que despues de haber alumbrado al mundo despedia ya solamente aquella luz del crepúsculo que anuncia la proximidad al oca; Felipe V era un astro de menos disco y destinado á girar en órbita mas

III

Desde la paz de Utrecht es otra la política de Felipe V; ni tan digna, ni tan patriótica, ni tan noble. Cambia la escena totalmente, y se coloca España en situacion bien diversa con otras naciones. La causa de esta mudanza no es una sola; son varias que se suceden tan rápidamente, que casi se alcanzan y se agolpan. La muerte de la reina María Luisa, la venida de Isabel Farnesio, la marcha de la princesa de los Ursinos, el fallecimiento de Luis XIV, la regencia del duque de Orleans, la muerte de Ana de Inglaterra, la privanza de Alberoni. Cada una de ellas habria bastado para dar otro giro á la política española; fortuna fué que ninguna viniera sino despues de asegurada la corona en las sienas de Felipe.

La muerte prematura de la jóven María Luisa de Saboya fué un verdadero infortunio para España, y una verdadera desgracia para el rey. España perdió una gran reina, los pueblos una madre solícita, el rey una buena esposa, una compañera dulce, una consejera prudente. Desde Isabel la Católica, la figura mas digna y mas interesante que encontramos en España es María Luisa de Saboya. No sabemos lo que habria llegado á ser en la tierra, si Dios no hubiera querido llevarla al cielo en edad tan temprana. Luis XIV la admiró muchas veces; algunos años antes habria tenido hasta envidia de su nieto. No lo extrañamos; aquella reina niña asombró á fuerza de discrecion al viejo y desconfiado monarca. «No consejos, le decia Luis, sino elogios tengo que daros siempre.» Con razon lloró su falta Felipe como esposo y como rey.

Su temperamento y su moral le hacian necesaria una esposa; su carácter le hacia necesaria una reina. Fácil era el remplazo en el tálamo; muy difícil en el trono. Sin embargo, Isabel Farnesio de Parma no ejerció menos influencia ni tomó menos predominio en el ánimo del rey que María Luisa de Saboya. Fué sin duda una deplorable flaqueza de Felipe V haberse dejado dominar igualmente de la una que de la otra mujer, y haber seguido tan ciegamente la política interesada y personal de la una como los patrióticos y desinteresados consejos de la otra. Tanto, que no sin alguna razon suelen dividir los políticos el reinado de Felipe en dos períodos compartidos por los dos matrimonios. Pero esta flaqueza, funesta como fué, tuvo su parte de mérito y de virtud. Vamos á hacer una observacion, que no hemos visto hecha por otro, y que nos cumple hacer como españoles. En tanto que los Borbones de Francia, Luis XIV y Luis XV, corrompian la corte con su ejemplo, y escandalizaban el reino con sus vicios, entregados á mancebas y queridas; en tanto que se veia á un Bossuet ocupado en reconciliar á Luis XIV con madama de Montespan, á la Maintenon casi asociada al trono de Luis el Grande, á este declarar por instigacion de aquella dama hábiles para suceder en el trono francés á sus hijos adulterinos; en tanto que se veia la disipacion y el libertinaje sentados con el duque de Orleans en el sillón de la regencia, y á Luis XV degradando el trono y la nacion sometidos á sus liviandades y á los caprichos de la Pompadour y de la Dubarry, los primeros Borbones de España, Felipe V y Fernando VI, se guiaban por la influencia y la política, saludable ó funesta, de Luisa de Saboya, de Isabel Farnesio y de Bárbara de Braganza, todas esposas legítimas, ninguna favorita, que reyes y reinas eran modelo de fidelidad conyugal. Diferencia era esta que trascendia, como acontece siempre, á las costumbres públicas de cada corte y de cada reino. Allí corrian desenfrenadas, y acá se iban morigerando. Débiles unos y otros soberanos en cuanto á dejarse dominar de mujeres, por lo menos la de los Borbones de España era una debilidad decorosa.

La misma princesa de los Ursinos, única favorita y privada de aquel tiempo, estuvo muy lejos de ser una Montespan, ni una Maintenon, y mucho menos una Pompadour. Aun mas querida de la virtuosa María Luisa que del mismo Felipe V, y confidente de ambos, nadie, mientras vivió la reina, se atrevió á decir de esta confianza y de esta intimidad cosa que ofendiera ó lastimara, ni la moralidad, ni el decoro, ni la dignidad de la régia cámara. En la corta viudedad del rey, cuando Felipe pareció mas entregado á la influencia de la princesa, solo vagamente se indicó que pasó por su pensa-

estrecha, pero que asomaba entonces al Oriente. Luis XIV habia visto ya desaparecer los grandes hombres que heredó de las anteriores revoluciones; y de los buenos generales que aun le quedaban, Villars, Buflers, Harcourt, Crequi, Berwick, Villeroy, Noailles, Vendome, vió desgraciarse y perecer los mejores; Felipe V no heredó los hombres que le sirvieron, y los generales españoles, Aguilar, Valdecañas, Ledesma, Montemar, Gages, Castelar, Navarro, nacieron sin conocer antecesores á quienes imitar. La una era una nacion que decaia con grandeza; la otra era una nacion que renacia con dignidad.

Comprendemos bien la conjuracion de Europa contra Francia y España en la guerra de sucesion. Eran precisamente las dos potencias que habian aspirado al predominio universal, la una en el siglo XVI, la otra en el siglo XVII; y alarmada ya antes con Luis XIV, que parecia haberse erigido el Carlos V y el Felipe II de su tiempo, no podia mirar sin sobresalto ni consentir con tranquilidad la union formidable de dos naciones que representaban la grandeza presente y la grandeza pasada.

No se comprende tanto la rebelion obstinada y tenaz de provincias españolas contra Felipe de Anjou y en favor de Carlos de Austria, en pugna tambien con la mayoría de la nacion. Solo en parte y diminutamente puede explicarse por la influencia que en el espíritu de aquellos pueblos ejerciera la memoria y el hábito de dos siglos de enemistad con Francia, y de dos siglos de obediencia á príncipes de la casa de Austria. Por lo demás, ni Aragon podia conservar gratos recuerdos de Felipe II, ni Cataluña los podia tener agradables de Felipe IV, soberanos ambos de aquella familia. Lo que á nuestros ojos puede disculpar aquel levantamiento y aquella resistencia es la conviccion que, de buena fe unos y por arte de intriga otros, llegaron á formar en los ánimos de aquellas gentes de que asistia mejor derecho á la corona de España al príncipe austriaco que al duque de Anjou. Y una vez persuadidas aquellas provincias de que sostenian una causa justa, la defendieron con todo el ardor, con toda la valentia, con toda la perseverancia que es de antiguo proverbial en aragoneses y catalanes. Fuerza es confesar que fueron unos heroicos rebeldes, especialmente estos últimos.

La paz de Utrecht, mas bien que un tratado de paz general, fué una coleccion de tratados particulares, ó mas bien de contratos mercantiles entre naciones, puesto que casi todo se estipuló y ajustó por tarifas, y los plenipotenciarios parecian representantes de grandes casas de comercio encargados de hacer transacciones para repartirse las ganancias del mercado del mundo. Hicieronse distribuciones de territorios, pero no se hizo nada en favor de los pueblos; nada se consagró á sus derechos ó instituciones; todo se sacrificó á la riqueza y al engrandecimiento material. En aquella nueva distribucion de Europa, para conservar el equilibrio se agregaron posesiones á los Estados pequeños á fin de tener mas en respeto á los grandes entre sí. En el repartimiento salió la mas aventajada la Inglaterra, que quedó árbitra del continente, dueña del comercio marítimo, aseguró la sucesion de la línea protestante, estrechó los límites de la Francia, y logró la separacion de las coronas de Francia y España. Tambien era la que habia dirigido la guerra y la paz. Francia hizo cesiones importantes, pero dejó sentada en el trono de España su familia real. España, quedando sin la Flandes, sin Sicilia, sin Nápoles y sin Cerdeña, fué borrada de la lista de las potencias de primer orden; pero se rejuveneció en lo interior, y conservó su rey y su nacionalidad, aunque amenazada por Inglaterra con las cadenas de Gibraltar y Mahon. Se engrandeció la Saboya para equilibrarla á sus vecinos. Holanda se aseguró con un recinto de fortalezas, pero decayó en poder, se encontró dependiente de Inglaterra por enlaces y alianzas de familia, y conoció lo que en la guerra y en la paz perdía en mezclarse en las cuestiones de las grandes potencias europeas. Y por último en los tratados de Utrecht, con ser tantos, quedó sin decidir la cuestion de sucesion entre Austria y España, objeto de treinta años de intrigas y de trece de guerra. El emperador todavia no quiso renunciar á la sucesion española, ni al estéril y vanidoso placer de seguir titulándose rey de España.

miento la idea de elevarla hasta el tálamo y el trono régio; y esto, añaden, por temperamento y por conciencia. Pero ella misma se encargó de desvanecer este pensamiento, si existió, buscando una nueva esposa para el rey. No debió pues la de los Ursinos la elevada posición política que alcanzó a los encantos y a las flaquezas de mujer; debiósele a su gran talento, a su ilustración y a su habilidad y destreza. A la dulzura y al atractivo de su sexo unía las dotes de un gran ministro. Con tanta disposición para el gobierno de un Estado como Cristina de Suecia y como Isabel de Inglaterra, les llevó la ventaja de haberse labrado ella misma su posición. Extranjera, y enviada por un rey extranjero, obró casi siempre en interés de España y como si fuera española. Tal vez por consagrarse demasiado a los intereses de los reyes de Castilla y mantenerlos en una digna independencia, disgustó a Luis XIV que la había traído a su lado. Luis la hizo salir varias veces de España, y siempre la ilustre proscrita volvía mas favorecida y recomendada del mismo que la había desterrado. Tenía el arte de desbaratar todas las intrigas y conjuraciones que contra ella se formaban, y de persuadir lo que quería al soberano mas sagaz, mas político y mas suspicaz de su tiempo. Cuando fué a Versalles, no podía ser mayor el enojo que contra ella tenía Luis XIV. A muy poco tiempo Luis XIV era un apasionado ciego de la princesa de los Ursinos: no había para él criatura en el mundo de mas mérito, de mas virtud y de mejor consejo, y la volvió a enviar a España poco menos que con diploma de directora exclusiva de los reyes, y con recomendación de que fuese recibida y tratada casi con honores de reina. En sus muchas luchas con embajadores, ministros y príncipes, todos sucumbían ante la superior inteligencia y extraordinario genio de esta mujer singular.

Isabel Farnesio apenas puso el pié en territorio español, arrojó de España con grosera brusquedad a la princesa de los Ursinos, y Felipe V mostrándose indiferente y glacialmente impasible a aquel primer rasgo de rudo é incivil despotismo de su segunda mujer, pagó con injustificable ingratitud los largos servicios de su antigua confidente, y antes de conocer personalmente a su nueva consorte se confesaba apocadamente sometido a todos los caprichos de su orgullo. En efecto, desde aquel momento la influencia y la política de Isabel de Parma y del abate Alberoni, su compatriota, reemplazan en el corazón del rey y en la marcha del gobierno la influencia y la política de Luisa de Saboya y de la princesa de los Ursinos. Ni a la reina ni al abate faltaban ingenio, viveza, travesura, audacia, tesón y flexibilidad a un tiempo. Ambiciosos ambos, en sus proyectos no dejaba de haber atrevimiento y grandeza: pensamientos que parecían tan elevados que asombraba mirar a la cúspide, mas si se bajaban los ojos a su base hallábase los cimentados sobre el interés personal ó de familia. Lo patriótico, lo nacional no se encontraba. Tras la misteriosa expedición a Cerdeña se ve el capelo de Alberoni; tras la asombrosa empresa de Sicilia se ve el patrimonio de los hijos de Isabel.

Alberoni pareció haberse propuesto ser el Richelieu de España, ya que no pudiera ser el Cisneros. Negarle gran capacidad sería una gran injusticia. Tampoco puede desconocerse que reanimó y regeneró la España, levantándola a un grado de esplendor y de grandeza en que nunca se había vuelto a ver desde los mejores tiempos de Felipe II. La muerte de Luis XIV había dejado a Felipe V en aptitud de seguir una política mas independiente y mas libre, y a Alberoni en franquía de dirigirla a su gusto. Este hombre, que había llevado en su cabeza el bonete de sacristán y tuvo habilidad para ceñir la corona de conde, la mitra de arzobispo y el birrete de cardenal, que engañaba reyes para ganar al papa, y engañaba al papa para ganar el capelo, parecía poseer el arte mágico de crear recursos, de improvisar ejércitos y de producir escuadras. Flotas formidables se veían brotar como por encanto de los puertos españoles y surcar los mares. La conquista de Cerdeña sorprendió a Europa; la de Sicilia la asombró y asustó. Todas las naciones europeas se conmueven y agitan a la voz del clérigo italiano, ministro sin título de Felipe V; porque el antiguo campanero de Plasencia aspira nada menos que a dar un rey de su gusto a Italia, otro a Polonia,

otro a Francia y otro a Inglaterra; revuelve el Norte, el Mediodía y el Occidente; intenta arrojar al gran Carlos XII de Suecia, y a Pedro el Grande de Rusia, contra Jorge I de Inglaterra; agita imperios y repúblicas; intriga con turcos y cristianos, con católicos y protestantes, y hace a España sostener sola una guerra contra cuatro grandes potencias como en los tiempos de Carlos V y de Felipe II.

¿Cuál fué el móvil de esta política turbulenta, cuál el resultado de este galvanismo en que ha hecho entrar a España el purpurado agitador? El móvil de tan gigantescas empresas, de tan eléctrico y general sacudimiento es la ambición personal de una mujer, halagada por un favorito a cuya imaginación viene estrecho un reino solo; es el afán de Isabel Farnesio por hacer en Italia un patrimonio para sus hijos. El resultado fué provocar una guerra de cuatro poderosas naciones contra España; el pabellón español tremoló con orgullo en Sicilia como en los tiempos de Alfonso el Magnánimo y de Fernando el Católico; pero nuestras naves fueron destruidas en las aguas de Siracusa; la expedición naval contra Escocia sufrió un desastre semejante al de la invencible armada de Felipe II; una flota inglesa se apoderaba de Vigo y quemaba su arsenal y almacenes; Francia, nuestra amiga pocos años antes, trocada en enemiga por Alberoni, nos arrebató por un lado a Fuenterabía, San Sebastian y Santoña, y por otro nos tomaba a Urgel y apretaba a Rosas. Quiso Alberoni galvanizar al rey como había galvanizado a la nación, y sacóle por última vez a campaña. Pero Felipe V supo la pérdida de Fuenterabía, y el Animoso de otros tiempos se volvió melancólico a Madrid, y enojado con Alberoni, que había engrandecido a España y perdía el reino. Y sin embargo, para resolverse a decretar su caída fué menester que la cuádruple alianza se lo exigiera como condición de la paz. La voz de cuatro grandes naciones dijo al mundo que la guerra ó la paz de Europa dependía de que un clérigo sin carácter de ministro saliera de España, ó continuara en el palacio de sus reyes. De esta manera la caída de Alberoni fué aun mas notable que su encumbramiento. Entonces el rey le despidió secamente, y la misma a quien había hecho reina se negó a darle una audiencia. Esto a nadie sorprendió: el último capítulo de la historia de los favoritos es casi siempre el mismo.

La salida de Alberoni produce otro cambio en la política española. Felipe se adhiere a la cuádruple alianza, y se hace amigo de Francia é Inglaterra; mas todo lo que pudo sacar de esta amistad y del congreso de Cambrai, fué que Austria reconociera el derecho de sucesión de los hijos de Isabel Farnesio a los ducados de Parma y Plasencia, y tres desdichados contratos matrimoniales; el del infante don Carlos, hijo de Isabel, con una hija del de Orleans, fué el menos desgraciado, porque no se verificó; una hija de los monarcas españoles fué enviada a Francia a ser esposa de Luis XV para pasar despues por la ignominia de que se la devolvieran soltera a sus padres; y la princesa de Montpensier que vino a desposarse con Luis, príncipe de Asturias entonces, y rey de España luego, valiera mas que se hubiera quedado allá que no que viniera a ser con sus ligerezas el tormento de su joven esposo, y el escándalo y la murmuración de la corte española. El jesuita Daubenton, confesor de Felipe, negociador de estos desventurados matrimonios, no había sido mas feliz como consejero de alianzas políticas que como confeccionador de enlaces conyugales.

En poco tiempo desaparecen del mundo los principales personajes de la nación francesa que mas han influido en la política y en la suerte de España, Luis el Grande, el regente Orleans, el cardenal Dubois. Dos palabras sobre estos ilustres contemporáneos del primer Borbon español y de sus confidentes y consejeros.

Aquel Luis XIV que había dado tanta grandeza y tantas glorias a la Francia, aquel soberano que se había visto aplaudido de su pueblo hasta cuando se presentaba en el ejército entre su esposa y dos queridas, aquel dominador absoluto a quien la nación había perdonado su despotismo de rey y sus vicios de hombre en gracia de sus triunfos de conquistador y de los laureles con que había orlado las frentes de las ilustraciones literarias, acabó sus dias aborrecido de aquel mismo pueblo

IV

y abandonado de todos, hasta de la misma Maintenon, que se retiró a Saint-Cyr dejándole en el lecho del dolor entregado a manos mercenarias; en Roma le negaron las exequias, y el pueblo de Paris ultrajó su nombre y su tumba, é insultó su féretro, levantando tiendas en que bebía y se regocijaba como en una fiesta popular. Obró impresionado por los últimos infortunios del reino y por las últimas flaquezas del rey; y como Luis había concentrado en su persona todo el poder y toda la autoridad sin querer compartirla con nadie, el pueblo en su disgusto concentró y descargó todo su enojo contra él, porque no halló otro con quien compartirle y desahogarle. Luis quiso el gobierno de uno solo, y sufrió él solo toda la odiosidad de su gobierno. Lección grande para los príncipes absolutos. Quedó Felipe, duque de Orleans, riendo el reino y protegiendo la cuna del niño Luis XV rodeada de catafalcos. El parlamento protestó contra la inmoralidad del último monarca anulando su testamento y despojando del derecho de príncipes de la sangre a los bastardos legitimados. Providencia justa, pero con la cual enseñó a la nación a desobedecer la última voluntad de los reyes, y la preparó a otras desobediencias. El pueblo francés creyó hallar mas moralidad en la regencia, y vió que sobre la corrupción antigua se respiraba el aire infestado de una corrupción nueva, en medio de cuya atmósfera crecía raquíficamente el que había de ser su rey. El duque de Orleans fué recibido con aplauso, y en efecto, debía a la naturaleza cualidades muy apreciables: pero se entregó descaradamente a la licencia, é hizo gala de vivir como un libertino. Así no es extraño que cuando Alberoni conspiró contra el regente para dar la regencia al rey de España, los Estados generales se ofrecieran a Felipe V y le aseguraran las simpatías del ejército, del pueblo y de la nobleza de Francia; y la conjuración española habría acabado por derribar al de Orleans a no haber sido descubierta por las imprudencias de Cellamare. A ejemplo del regente se introdujo en la sociedad francesa un desarreglo sistematizado, y la disolución se hizo de moda. Aquel príncipe licencioso que había aspirado a suplantarse a Felipe V en el trono de San Fernando y a Luis XV en el de San Luis, murió de repente en los brazos de una mujer, dejando a la Francia una deuda de cuatro mil millones, y a Voltaire y Montesquieu preparando con sus escritos un cambio en las ideas, en la religion y en las leyes.

Había sido el de Orleans educado por el abate Dubois, que le había enseñado a considerar la religion como una invención humana y la moral como una preocupación del vulgo. Aquel mal eclesiástico, cómplice de sus desórdenes, y a quien hizo su primer ministro, hijo de padres poco menos humildes que los de Alberoni, fué tambien, como este, arzobispo y cardenal, y además príncipe del imperio. Aquel indigno sucesor del gran Fenelon llegó a acumular tantos empleos y pensiones, que le producían una renta de millon y medio de francos. Ya que hemos sido severos con el ministro de Felipe V por la manera como negoció la púrpura, justo es decir que el ministro de la regencia hizo gastar a la Francia muchos millones para obtener el capelo, y al decir de un erudito escritor, el papa que se le otorgó debió arrojarle del santuario. Dubois conspiró a su vez contra Alberoni. Aquel corrompido purpurado murió dejando una inmensa fortuna, que acumuló a expensas del Estado.

Al de Orleans sucedió en el primer ministerio del desgraciado Luis XV su mortal enemigo el duque de Borbon, de menos talento y de no mas puras costumbres que su antecesor. Favoritos y mujeres constituían su corte, y madama de Prie, que era la que mas le dominaba, decía que se le había entregado por motivos menos nobles todavía que el amor y que la ambición. Este ministro fué el que calculando sobre la probabilidad de la corta vida de su monarca Luis XV, y a fin de que no pasara la sucesión a la familia de Orleans que aborrecía, envió a Madrid al mariscal de Tessé a convidar a Felipe V con la corona de Francia que suponía pronto vacante, no obstante las renunciaciones solemnes. El embajador francés encontró a Felipe entregado al servicio de Dios y dedicado a la oración y al retiro en el templo de San Ildefonso, despues de haber renunciado la corona de España. ¡Qué contraste de costumbres!

¡Cuán diversos juicios se han hecho sobre la abdicación de Felipe V y su retiro en las soledades de la Granja! Para unos fué un acto de refinada hipocresía, un cálculo político, un medio disimulado de habilitarse para otro trono mas poderoso que el que renunciaba. Para otros fué un rasgo sublime de abnegación y humildad cristiana, una vocación apostólica, un golpe de gracia eficaz que le movió a desprenderse de las grandeas de la tierra para pensar exclusivamente en ganar el cielo.

No nos maravillan versiones tan encontradas, porque sobre ser difícil penetrar los pensamientos y las intenciones de los hombres, la abdicación de Felipe V sorprendió a todos por las circunstancias de la época, del reino y de la persona, porque no se parecía ni a la de Alfonso IV de Leon, ni a la de Amadeo I de Saboya, ni a la de Cristina de Suecia, ni a la de Augusto de Polonia, ni a la del mismo Carlos V de Austria y I de España. Seguro estaba Felipe en el trono; hallábase en la mejor edad para manejar el cetro; con el amor del pueblo contaba. ¿Qué le pudo inducir a trocar voluntariamente el brillo del solio por el silencio de la soledad, el fausto de la corte por la modestia del retiro, los salones del palacio por el coro de San Ildefonso? ¿No eran causas bastante naturales, sin dar tortura al discurso para buscar otras, el cansancio de tantas contrariedades, la fatiga de un reinado siempre intranquilo, las enfermedades que habían trabajado su cuerpo, cierta tendencia al misticismo, y sobre todo la honda melancolía que de muchos años antes se había ido apoderando de su ánimo? ¿Sería sincera la abdicación? Si alguna duda abrigáramos de su sinceridad, nos la desvanecería el verle mas adelante, despues de haber vuelto a tomar la corona, acometido de la misma tentación de abdicar y volverse a su predilecto retiro de Balsain, insistir una y otra vez en el propio pensamiento, escribirle con resolución de solemnizarle, intentar hasta la fuga clandestina de palacio para restituirse a su querida Granja, a su templo y a sus oraciones. Tanta insistencia posterior disipa toda sospecha de falta de sinceridad en su resolución primera.

Cosa es tambien que no puede fundadamente contradecirse, que brindado repetidamente y con empeño por el duque de Borbon y el embajador Tessé a que se declarara heredero del trono de Francia, entre otras dignas respuestas dió siempre la de que apreciaba mas la corona de la gloria en el cielo que todas las coronas de la tierra, dando gracias a Dios de que le hubiera permitido descargarse del peso de una que había llevado.

Tambien nosotros confesamos que Felipe en el retiro ni estuvo apartado de los negocios del gobierno, ni dejó de intervenir en la política del Estado, antes bien la corte de Madrid no obraba sino por las inspiraciones de la de la Granja, ni los ministros de Luis I ejecutaban nada sin la consulta y sin la vena de los solitarios de Balsain. Esta conducta de Felipe, junto con haber vuelto a empuñar el cetro tan pronto como murió su hijo a quien le había transmitido, es sin duda lo que a muchos persuadió entonces y hace sospechar aun ahora, de que en la renuncia hubiese mas de designio político que de desprendimiento y abnegación; y los induce a buscar el móvil oculto, el *quid ignotum* de aquel acto extraordinario, sin encontrar explicación que a ellos mismos satisfaga. ¿A qué atormentarse en inventar arcanos, en crear enigmas, y en forjar misterios de lo que puede resolverse por la lógica sencilla de los afectos humanos? ¿Tan peregrino era este manejo que no tuviera ejemplar en los anales de los príncipes dimisionarios dentro de nuestra misma España? Como tipo de las pocas abdicaciones sinceras se ha citado siempre la del emperador Carlos V; y sin embargo, el solitario de Yuste no dejó de seguir una correspondencia viva sobre negocios públicos con el rey de España su hijo, con su hija la gobernadora del reino, con los príncipes y ministros de otras naciones, y de intervenir en las negociaciones diplomáticas, en las paces y en las guerras, y apenas se resolvía nada sin su consulta y beneplácito, y mandaba y decidía muchas veces como emperador y como rey. No hacia mas el